

Primeros Cuentos I

Javier Úbeda Fernández





Reconocimiento-No Comercial-Sin Obra Derivada 2.5 España

Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

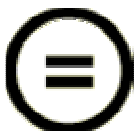
Bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadador.



No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor: comentarios@javierubedafernandez.com

La fecha entre paréntesis, en todos los casos, corresponde a la fecha del archivo más antiguo que se conserva. Si bien, algunos cuentos, tal vez sean anteriores a la misma.

LAS COSAS ¿CÓMO SON? (1996)

Sobre mí se alzaban las cabezas de los tres hombres presentes; dejándome entrever, tras el perfil romo de sus barbillas, la anatomía de sus narices. Una nariz de aspecto respingón confrontaba en ademán inquieto otra nariz de cierta longitud. En un lateral, un tercer hombre descubría ante mí una buena parte de su rostro, que se encontraba a mayor distancia sobre la mesa; de donde le supe cierta cicatriz debajo del ojo izquierdo. Pude sentir a través de las voces y las vibraciones que sacudían la mesa que los tres discutían acaloradamente. Súbitamente, me sentí elevar, ascendiendo rápidamente sobre los tres presentes, sin tiempo para observarlos con más detenimiento. Floté seguidamente por un angosto pasillo, y tras virar a la izquierda, me vi golpeado de pronto contra el borde de un cubo, envolviéndome al instante una oscura polvareda. No bien me hube recuperado de esta impresión primera, noté como me sumergía en agua tibia, acertando a ver al trasluz del líquido elemento, más allá de algunas manchas de espuma, una especie de rostro femenino; del que se vino hacia mí una mano, agitándose bajo las aguas con decisión. Sintiéndome mareado por el vaivén, no tuve tiempo de percibir con claridad el momento en que me vi arrastrado fuera de las aguas, envuelto en una fina tela blanca; tras de lo cual, como si nada hubiera pasado, regresé de nuevo por los aires hasta mi

posición anterior. Una vez repuesto de tan extraña experiencia, noté de inmediato la ausencia sobre la mesa de la nariz más respingona, en el momento en que la cicatriz del otro hombre desapareció de mi vista por efecto de su elevación súbita. De pronto fui elevado de nuevo, esta vez de espaldas al hombre de la cicatriz; y por un momento, pude ver en toda su extensión el rostro del tercer hombre, con su nariz alargada y los ojos abiertos de par en par. No tuve tiempo de precisar con más detalle esta visión, pues al instante me vi lanzado a gran velocidad contra su frente, sintiendo como su piel me envolvía. Retrocedí entonces con la misma rapidez, y en otras cuatro ocasiones fui proyectado con violencia contra aquella cara que se teñía de rojo conforme se sucedían mis embestidas. En el último de estos envites, me vi sobrecogido por un sonido como de madera rota, y aquella cara se desplomó de pronto, desapareciendo de mi vista. Tras la vehemencia de estos angustiosos minutos, pude sentir que flotaba de nuevo, descendiendo a gran velocidad por una escalera. Sobre mi cabeza pasaban los barrotes del pasamanos en un movimiento espiral, hasta que al cabo, todo se llenó de nubes. No duró mucho esta visión, pues en poco tiempo un techo gris vino a ocupar el sitio dejado por las nubes. Desde mi posición veía de nuevo al hombre de la cicatriz sentado a mi izquierda. Noté que todo comenzaba a moverse. Cuando hubieron transcurrido unos minutos, la mano de aquel hombre me alcanzó de pronto, elevándome a la altura de sus hombros. Me detuve frente a él pudiendo contemplarle con detenimiento en el instante previo a que la fuerza de un impulso súbito me lanzara de pronto por una abertura, haciéndome chocar violentamente con el aire que se había vuelto duro de repente. Caí a cierta distancia, permaneciendo inmóvil, agazapado entre unas briznas de hierba. Se sucedieron varias noches sin que pudiera ver otra cosa que aquellas incómodas malezas. Durante el día, notaba de continuo un sonido que

vibraba en la distancia, acrecentando su intensidad hasta llegar a mi altura, para apagarse después de manera uniforme. También en las noches pude percibir este mismo fenómeno, si bien con harto menor frecuencia. Transcurrieron estos días para mí en profundas meditaciones, en las que quise sin éxito llegar a comprender estos sucesos tan nuevos y extraños para mí. Cuando habían pasado cinco días de mi llegada a aquel lugar, me sorprendió de manera inesperada el rostro de un niño, que a plena luz del día, me escrutaba curioso a corta distancia. Me elevé despacio hasta la altura de sus ojos, que recorrían con gran curiosidad todo mi cuerpo. Debí asustarle, porque corrió de pronto alejándose de mí mientras me sentí caer de nuevo entre la hierba. Algunas horas más tarde, uno de aquellos sonidos de que hablé antes, terminó bruscamente al llegar a mi altura. Dos hombres de aspecto curtido avanzaron hacia mí, seguidos a corta distancia por el niño. Mientras los contemplaba de cerca, volví a elevarme, cayendo esta vez en el interior de un foso de plástico. Como la vez anterior, al cabo de un rato, todo comenzó a moverse. Apenas me hube recuperado de este nuevo traslado, cuando unas manos me llevaron en volandas bajo un pequeño espejo, sobre el que pude ver la parte izquierda de un rostro de hombre. Iba vestido de blanco. Un segundo hombre, también de blanco, se acercó a mí y me sostuvo con fuerza, mientras raspaba mi cuerpo con un instrumento cortante. Cuando desperté, me sentí atrapado en un recinto flexible, en una completa oscuridad. No sé por cuanto tiempo permanecí en el interior de aquel extraño lugar. Solo sé que mi angustia crecía por momentos. En aquella ocasión, sentí el silencio como no lo había sentido nunca antes. Tras lo que a mí me pareció una eternidad, me vi movido nuevamente, envuelto todavía en la oscuridad. Al cabo de unas horas me cegó de pronto una intensa luz que provenía de arriba. El recinto, que se desplazaba conmigo, había

comenzado a abrirse por su parte superior. Conforme recobraba la visión, en aquel sitio, fui descubriendo gran cantidad de rostros que miraban absortos hacia mí. A corta distancia, sentado en una silla alejada de la multitud, descubrí al instante los ojos del hombre de la cicatriz. Había algo en aquella mirada que me hizo sentir un escalofrío. Una voz que provenía del hombre que me había sacado de la oscuridad rompió el silencio:

-Señoría, -escuché que decía, mientras su mano me dejaba sobre una gran mesa- presento este cenicero como prueba número dos.

Un murmullo de asombro inundó la sala, tras de lo cual, aquel hombre, comenzó a relatar de forma minuciosa la mayor parte de mis desgracias. Aquello me reportó cierta tranquilidad, si bien no duró mucho, pues apenas hubo terminado su discurso, un señor de rostro inescrutable, que empuñaba un mazo de madera, me miró; ordenando que fuera retirado con el resto de las pruebas. Al instante, fui cogido en volandas por un tercer hombre que me sacó del lugar y me llevó hasta un oscuro cuarto. No podré en el resto de mis días describir el terror que me produjo el sitio de mi encierro, pues sin comerlo ni beberlo, me vi rodeado de súbito por los más siniestros cuchillos, las más terribles pistolas y la mirada afilada de oscuras hachas homicidas. Intenté gritar en vano mientras aquel individuo cerraba las puertas frente a mis ojos mudos, pero de nada me sirvió. Llevo ya varios días aquí, y no puedo evitar sentir un escalofrío cada vez que la luz que se filtra por los resquicios de las puertas me recuerda en un brillo fugaz que no estoy solo. Esta vez, presiento que es el fin.

En Madrid las tardes de otoño huelen a gris. El sonido estridente de las tardes, para quien lleva su vida arrastrada desde siempre por las aceras marchitas, no es sino un eco imperceptible. Sombra callada. Ausencia que perfora los tímpanos. Sólo el forastero descubre espantado la brutal muchedumbre de sonidos. En Madrid el frío es un jersey de lana que se vuelve esparto de repente. Esparto y niebla. Hay también una presunción de muerte que se marcha detrás de las sirenas. En Madrid la muerte es como el aire: se respira y se ignora. En Madrid vive Jacinto. Está sonado. Lleva Jacinto un pantalón tejano con el humo y las esquinas, con la suerte y el polvo negro de los años pegados a las nalgas. Las uñas de Jacinto son un hueso muerto. Se diría que la mugre le nace de los dedos. Jacinto, a falta de mendrugos, se come los mocos. Hurga en los contenedores, junto a las pizzerías, y se come la mozzarella fría y el orégano negro de ceniza. Su festín es un horror de miseria y sosiego. A su lado pasan las gentes. Las gentes no ven. Las gentes tienen prisa. Si no te importa, aparta.

A Jacinto la Pochola le pone. La Pochola, desde que dio con sus huesos en Madrid, viene tirando. Con el tiempo, se ha procurado una curva de la Casa de Campo. En la Casa de Campo sueñan los toreros y las putas tienen pesadillas.

Jacinto y la Pochola, algunos días, hacen cola en el comedor de beneficencia. Una vez dentro, enganchan un panoli entre los niños bien que les traen la leche y el café. Con suerte les agencia unas bolsas de galletas por lo bajo y se las guardan. El Jacinto y la Pochola siempre piden doble de azúcar. Afuera hace frío. El Jacinto y la Pochola se quieren cómo solo se aman los sonados. El Jacinto y la Pochola, cuando pueden, pasan la noche entre las sábanas gastadas de alguna pensión de mala muerte, y se dan el calor de la mugre y la ignorancia.

En un banco, dan cuenta al atardecer del paquete de galletas y se sienten importantes. En el parque, mientras tanto, los viejos tiran miga a las palomas. Sólo los viejos ven al Jacinto y la Pochola. Para los viejos Madrid pasa de largo, como un tranvía. El Jacinto tiene una costra de sangre y miedo que le tapa las narices. Unos niños bien le han partido el tabique. La Pochola tiene un pañuelo que por maravilla se dobla. Se lo moja en los labios y le da refriegas a Jacinto. Le corrieron a leches porque era viernes. Los viernes toca hostiar pobres. Dicen los entendidos que de todo entienden que a los niños no hay que coaccionarles. A los niños hay que dejarles hacer, que así agrandan la cogivata. Los niños ya no son niños. Los niños son psicópatas.

Desde que llegó a Madrid, Dios sabe desde dónde, el Jacinto siempre ha ido de legal. Empezó trabajando en un semáforo. Ocho horas al día, como manda la ley. Parada para comer y vuelta al curro. Estudiaba, contando los cuartos, la forma más atinada de llegar las almas de los conductores, cosa difícil, pues los conductores llevan el alma en el portaequipajes. Se repeinaba la melena con la brillantina de los días sin baño. Se acercaba resuelto, las manos enlazadas sobre el vientre. Reclinaba la cabeza y todo cortesía les decía por lo quedo, melódicamente:

-La voluntad por unos pañuelos; lo que usted quiera. Es para comer.

Y tanto si le miraban como si no, lo mismo si soltaban prenda o hacían ademán de acelerar, Jacinto siempre terminaba diciendo:

-Dios le guarde, caballero. Dios le guarde señorita.

A los unos por sincera gratitud y a los otros, porque sin poder escapar ni girar postura, no tenían más salida que comerse los remordimientos. Y con suerte y paciencia, más tarde o más temprano, igual les sacaba algunos duros. Pero a Jacinto, después de algunos avisos, le mandaron a la mierda los municipales. Y

Jacinto no pudo encontrar otro semáforo. En Madrid cada semáforo tiene su pedidor, que pedigüeño es cosa más improvisada, y de andar por ahí, a la buena de Dios. Y Jacinto se fue con lo puesto. Se agenció Jacinto, con el tiempo, un traficante que calzaba un descapotable rojo. Le pasaba tabaco a buen precio. Y con su pena a costas se llegaba Jacinto hasta el Metro y vendía los cartones que era gusto. Se tenía ojeados unos clientes fijos, que llegaban siempre a la misma hora. Y el Jacinto, servicial, les aguardaba con sus paquetes preparados. A Jacinto le quitaron los cartones unos jurados que estuvieron en un tris de zumbarle la badana. A Jacinto, le dijeron, no lo querían volver a ver por allí.

A la Pochola, una noche, la pegaron a modo dos niños bien. Pero a la Pochola no le dolían las hostias. Lo que quitaba el sueño a la Pochola era que se fueron sin pagarla. La Pochola era una trabajadora. Pues sólo faltaba. No pagarla era poco menos que llamarla puta.

El Jacinto, en aquellos días, se hizo con un trabajo muy apañado. Caminaba hasta una barriada llena de comercios y se la andaba tirando de un carrito. Deshacía las cajas de cartón y las prensaba contra la base del carro. Con el alba las negociaba en un trapero y se sacaba unos cuartos. Pero una noche, el Jacinto se topó de narices con un contenedor azul. Se encabronó el Jacinto y apalancó la tapa con una tubería. Jacinto no veía cartones. En el contenedor brillaba, en la paranoia de Jacinto, un clavo ardiendo. La última mierda en que enganchar sus días de hombre bien. Pero a Jacinto lo trincaron los municipales y lo barrieron bajo la alfombra de Madrid. Y debajo de la alfombra eran legión.

Esta mañana el Jacinto ha salido en los papeles. Les sacó las tripas a dos niños bien ayer noche, en la Casa de Campo. La Pochola ha ingresado esta mañana en el Gregorio Marañón. Ladea la cabeza, como espantada. Yo no soy puta -dice- y grita: ¡Jacinto! Y se calla luego, y babea.

Esta noche un temblor ha sacudido Madrid. Imperceptible dicen. Dos con tres en la escala Richter. Pero Jacinto se ríe en Carabanchel. Jacinto sabe que lo que se mueve es la alfombra. La alfombra, el día menos pensado, va a reventar Madrid...

EL VAIVÉN DE LA IRA (1996)

I

En otro tiempo, más allá de la distancia que se cubre con la vista, se extendía la próspera comarca de Nolosé. Dibujaban sus campos de labranza hermosos cuadros de sencilla geometría, al pie de las nobles y señoriales colinas que circundaban la vista. En el extremo Noroeste de la comarca, se levantaba la aldea de Quemasdá, en la orilla derecha del río Sempiclaro. Era la aldea un hervidero de gentes campechanas, de palabras escuetas y largo entendimiento. Se reunían en todas las ocasiones y departían resueltos sobre las cosas más diversas: ora en el viejo molino que abastecía las casas de fina harina, ora junto al pilón comunitario, o bien, en ocasiones más pintadas, en la hermosa plaza de soberbio empedrado y exquisita construcción. En la parte más elevada de la aldea, se dejaba oír la voz timbrada de la vieja campana de la abadía. Al compás de sus toques, marchaban los aldeanos en alegre bullicio a sus quehaceres, que no era menester hacer uso de más complejas formas de medir el tiempo. Y allí, en aquellas calles limpias y entrañables, y según se cuenta todavía, hubo un tiempo en que habitó un personaje siniestro que vino a oscurecer con su presencia el transcurrir resuelto de la historia de la villa. Era éste un hombre avejentado, de mirada esquiva y paso presuroso. Tenía la voz ronca, y por dudosa virtud, la de infundir temor con cada una de sus palabras. Vivía sólo en una gran mansión y pasaba sus días de forma miserable. No había en toda la comarca persona o animal que pudiera sentirse amigo suyo. Pero como quiera que fuera dueño y señor de gran parte de la tierra, aquellas pobres gentes

estaban obligadas a tratar con él todos los asuntos concernientes a la administración de los bienes del lugar.

II

Nuestra historia da comienzo un día de primavera. En este día, y como ocurría periódicamente, se disponía en los alrededores de la plaza un concurrido mercado en que eran exhibidos toda suerte de ganados, frutas, verduras y gran variedad de útiles artesanales. La vida de la aldea cobraba entonces un matiz de sencilla exuberancia, con el concurso de gentes llegadas de lejanos lugares. En la posada la actividad era incesante. Se consumían de forma vertiginosa las barricas de buen vino, los sabrosísimos asados y las hogazas de pan tierno. Las caballerías parecían conversar en las calles, sujetas a las argollas que se disponían en las paredes para este fin. Y era todo de tal colorido y de tan bella disposición, que quedaban encantados los visitantes y las gentes vecinas maravilladas; tanto, que no se hablaba de otra cosa en mucho tiempo. Pero, en medio de todo aquel trajín, había una persona que sentía una especial excitación, pues no pensaba sino en el modo de multiplicar sus ganancias y en la forma de engañar miserablemente a cuantos incautos se llegaran a la aldea de buena fe. Era tan grande su avaricia, que a decir de muchos cuando era llegado el momento de conciliar el sueño no contaba ovejas como era costumbre, sino monedas de oro. Así las cosas, sucedió que acertó a llegarse hasta la casa un aparcerero.

III

-¿Quién viene en esta inoportuna hora? -bramó el viejo.

-Soy ínfimo señor.

-¿Qué te trae en mala hora? -dijo el avaro al tiempo que abría la puerta.

-Verá, con el permiso de usted señor, yo...

-¡Habla!

-Pues es el caso que me atreví a importunarle, verá, se trata de mi hijo, Adarme.

Habrá usted visto que está crecido, y no habrá en toda la aldea hombre que le sirva con más empeño señor, que ocasión hubo en que le vieran mis ojos desde el alba hasta el añil roturando los campos sin descanso, y yo...

-¡Di pronto! ¡Qué quieres!

-Bueno, de sobra sabe como son los jóvenes, les pierde el ímpetu señor, y llevan siempre la vista más lejos que los pasos. Es el caso que Adarme me habló esta mañana. En el mercado ha conocido un médico que se llegó hasta aquí con cierta mercancía milagrosa, y me insinuó que aquí no hay esperanza para alguien como él. En fin: está resuelto a marchar tan pronto como termine el mercado, si usted de su permiso claro...

-¡Calla!

-Señor yo estaría dispuesto a trabajar de sol a sol si le dejáis marchar, y a revisar los términos de la aparcería, que con poco nos basta a mi mujer y a mí, y no me importaría que...

-¡Calla necio! ¿De que me sirves tú? ¿Por cuantos años más podrás rendir como hasta ahora? ¡No! Tú no eres más que un pobre viejo, con suerte durarás algunas cosechas, tres, cuatro... ¿Y después? ¿Quién roturará mis campos? Criáis unos hijos endebles y dejáis que se mueran cuando apenas tiene fuerza

para levantar una hoz, y los pocos que quedan, ¿pretendes que los deje marchar? No, yo no soy tan insensato. Tu hijo se quedará aquí. Bien sabes que los dos formáis parte del arrendamiento. Y ahora imárchate!

Ínfimo retrocedió asustado, derribando una vasija que se hizo añicos contra el suelo.

-¡Patán! ¡Imbécil! ¡Has de pagar por esto! ¡Me entregarás dos costales más de trigo este año! ¡Fuera! ¡Fuera!

IV

A la mañana siguiente la escarcha humedecía el rostro grave de ínfimo. Sus pies se lanzaban inertes hacia el suelo, como intentando aferrarse a la tierra en que había ido dejando sus días. Quizás no tuvo valor para decírselo a su hijo, o puede que sintiera, por vez primera, que podía hacer algo a pesar del avaro. Tal vez estaba cansado.

Lo descolgaron en silencio. En verdad no hay nada más terrible que una mujer y mil lágrimas mudas.

V

El viejo se levantó temprano. Se sentía seguro entre aquellos infelices, recorriendo con la vista la extensión de sus dominios. Escuchaba el golpeteo de sus pies contra la acera, fuertes y seguros. Se encaminó hacia la tahona en busca de los panes y rosquillas que debía darle el panadero, como cada mañana. Alrededor todo era silencio. Entró con paso firme y se acalló la multitud. -se dijo.

-¿Cómo es que aún no está cocido mi pan? ¡Responde!

Y contestó el silencio.

-¡A ti te digo panadero! ¡Contesta!

El panadero se comportaba cual si nadie hubiera entrado en la tahona. Despachaba a una pobre mujer una hermosa hogaza, humeante y crujiente. La mujer, azorada, intentó rechazarla a pesar de sentir que su boca se llenaba de saliva. -No tengo dinero señor. --¡Anda con Dios mujer! -encontró por respuesta.

El viejo tornó el rostro violáceo y montó en cólera.

-¡Maldito imbécil! ¡Hijo de una zorra miserable! ¡Ese es mi pan! ¡Te mandaré azotar! ¡Me oyes!

Pero nadie contestó, siquiera con un gesto. El viejo salió a la calle como el trueno que estalla más allá de cualquier sitio. Y corrió de un lado a otro, poseso de todos los demonios. Gritaba a cuantos salían a su encuentro, y los zarandeaba profiriendo las más atroces amenazas. Golpeaba a hombres y mujeres con su puño cerrado hasta hacerles sangrar. Pero no recibió respuesta de ninguno. Y cuando hubo roto una buena docena de labios y narices,

exhausto, cayó al suelo, y sintió un agudo dolor en su costado, tal parecía que le hubiesen espetado un hierro candente. A sus espaldas, un joven lanzaba dentelladas a la tierra con su azada.

-¡Favor! -gritó el viejo. ¡Ayuda! ¡Me muero!

-Bien lo siento señor, -dijo Adarme- yo no soy médico, sino aparcerero.

Y sin volver la vista, haciendo a los espeluznantes requiebros de aquella voz rota oídos de mercader, continuó cavando una profunda fosa. Lentamente, que todo el tiempo se paraba a sus pies en aquella hora negra.

VI

Años más tarde murió su madre. Estaba sola en una casa cuando menos tan vieja como ella. Y a pesar de la fiebre terrible y de los surcos azules que pintaban un hilo de desesperación manando en cada ojo, murió feliz. No quiso ver a su hijo degollar los parientes del viejo. La piedad se mudó de su rostro el día que tuvo que cavar una fosa. Dicen que vio en el fondo de la fosa el alma negra del hombre. Y no hizo sino degollar parientes.

Con los años, se fue acostumbrando a ver en cada gesto torcido, en cada desaire, en cada afrenta recibida o fingida, la huella incontestable de la sangre del viejo. Con los años todos fueron parientes. En fin. Fueron llenándose sus ojos de muerte por dentro y de hielo por fuera. Y si fuera posible nadar en el tiempo y dar con la suerte que los pusiera el uno junto al otro, no habría en el mundo quien atinara a distinguir un viejo del otro.

VII

En la próspera comarca de Nolosé sigue maldita la aldea de Quemasdá. Y despierta el eco de esta historia un rumor sordo en el alma de los hombres que la escuchan. Si alguna vez terminará La Tierra de escupir el fango oscuro de este canto eterno, si alguna vez nacerá una flor del ombligo de un viejo para bailar dulzuras en la cara avergonzada de los pueblos, sólo Dios lo sabe.

LA ESPERANZA (1996)

Entre la niebla, que siembra de humedeces la mañana, beben cientos de gaviotas la sal que hierve fría en el espigón de cemento y piedra, al otro lado del puerto. El sol es un círculo blanco que se mece entre los párpados cansados. Mientras, la fresca brisa del mar despega de los hombres el último abrazo cálido de sábanas. Los pescadores han comenzado hace tiempo a preparar sus aparejos. Tensan sus brazos curtidos a golpes de estacha mientras deslizan por su rostro impenetrable un escalofrío de amor contenido. Como cada mañana, llega el momento de adentrarse en la mar, la más extensa región del corazón. Atrás quedan los suyos, acompañando sus días por esa angustia que de continua, acaban sintiendo tan cercana. En la ventana, en una de esas casas que asoman sus balcones de vidrio y madera, un niño acompaña su mirada hasta el mismísimo horizonte, entre sueños. En sus manos sostiene con firmeza un viejo bote de latón, pegado a su costado. El azabache de su pelo se trasquila, pillastre, sobre su frente pálida. En su corazón esconde el íntimo anhelo de seguir la estela de su padre, mar adentro. Sueña fantásticos seres atrapados en sus redes, en lejanos mares de inverosímiles colores. Mientras, su madre, abajo en la cocina, hierve la leche que despertará los estómagos cansados.

La madre vive en el silencio, y es el silencio su más fiel compañero cuando su hombre se marcha. Ella lo entiende. La niña, mientras tanto, sueña corceles encantados de nobles caballeros, cabalgando las nubes en busca de tesoros que ofrecerla. La mujer y el niño no buscan tesoros. Su tesoro se pierde en alta mar, pues es el pescador tesoro de todas las mujeres silenciosas y de todos los niños que sueñan fantásticos seres.

La niña se aburre. Observa silenciosa al niño a través de la entreabierta puerta de su cuarto. El niño está de espaldas, la mirada perdida en el poniente. Ella se acerca, entre tímida y curiosa. Se para a su espalda y le mira.

-¿Qué guardas en el bote? -pregunta.

-Las estrellas -contesta el niño.

-¿Por qué?

-Una vez le pregunté a papá cómo sabía el camino de vuelta a casa. El me dijo que las estrellas se lo decían. Desde entonces las guardo. Por la mañana descansan en mi bote. Así, cuando las suelto por la noche, pueden brillar con más fuerza.

-¡Tonto! Las estrellas no caben en tu bote.

El niño se gira bruscamente -¡Si caben!

-¿Y si alguien te las roba?

-Él lo sabe -señala a su gato. Cuando yo no estoy se tumba junto a ellas y las cuida hasta que vuelvo.

-¡Tonto! ¡Tu gato no para de dormir! No sirve para vigilar nada.

-¡Si que sirve!

La madre, desde el piso de abajo, escucha el murmullo de sus hijos que discuten. Está cansada. Sube los escalones como tantas otras veces.

-Niños, ¿no sabéis que a vuestro padre no le gusta oírlos discutir?

-¡El es tonto, él es tonto! ¡Dice que guarda las estrellas en un bote!

-¡Venga va! No seáis malos. Bajar los dos a hacer vuestras cosas.

El niño se aleja calle abajo. En la bajamar, pasa las horas orallando la arena de la playa con su rastrillo. Su padre le enseñó a buscar navajas y

berberechos. Siente orgulloso el azote del viento en sus mejillas. Es pescador, como su padre.

La niña, mientras tanto, se aburre en sus rutinas. No quiere ser mujer de pescador. Limpia junto a su madre todos los cuartos de la casa.

-¡Ahora vuelvo! -dice a su madre.

Su madre está frotando el suelo de madera, las rodillas apoyadas en un trapo. -
¡No tardes!

La niña es curiosa. Siente en su alma un odio contenido. Está en pie en la habitación del niño, frente al bote. Lo mira ensimismada mientras se repite mentalmente una frase interminable: Se agacha. Coge el bote entre sus manos sudorosas. Quita la tapa con cuidado, acaso en espera de un prodigio. Su mirada se pierde en el fondo del bote vacío. No hay nada. En su cara se pinta la desilusión que por momentos se va tornando furia -¡Mentiroso! Pisotea la tapa con una rabia ciega.

Al mediodía, el niño regresa con su cubo repleto de tesoros.

-¡Mama mira, cuántas cosas!

El rostro de la madre está serio. Su hermana, tras ella, tiene los ojos enrojecidos por el llanto. El lo comprende de pronto.

-¡Mi bote mi bote! -grita, y sube atropelladamente los escalones.

No ha querido comer. Está sentado sobre sus piernas cruzadas. Su mirada, un vacío triste.

-Se han ido -piensa- y no pueden volver. Ya no van a brillar esta noche.

El cielo ha teñido de negro presagio sus confines. Se agita el viento con furia terrorífica. Relámpagos de fuego rasgan las nubes mientras el trueno

estalla en el tímpano agitado del mar. El mar es una mano que asusta. En sus dedos de espuma agita corazones y arroja a las aguas el fruto de la dura jornada. Y los hombres rudos son de aire y de miedo. El tiempo no termina en ese instante en que la vida se mueve en el abismo. ¡Agárrate al puente! -grita la desesperación entre el brutal bramido del océano.

-¡Lo tengo!

-¡Castillo! ¿Me oís?

-¡A salvo patrón!

Pero nadie está a salvo, y todos lo saben. Un golpe de mar arrastra a dos hombres por la galería de babor. Uno de ellos logra agarrar entre sus manos una estacha.

-¡Cógete a mí!

La barcaza es la memoria que va de un lado a otro y no se para nunca.

-¡Dios bendito! ¡Esto no acaba!

Desde el castillo llega la voz entrecortada de un muchacho. Se oye lejana pero se escucha muy cerca:

-¡Salve! ¡Estrella de los mares!

Y allí, en el centro mismo del absurdo que mata, se van uniendo otras voces. Lentamente al principio, para luego tornar en un clamor que acaso silencie al mismo mar.

-¡Salve! ¡Estrella de los mares! ¡De los mares Iris! ¡De eterna dulzura!

Y en aquellas voces de hombres no hay más esperanza que la desesperación ni más razón que la urgencia improrrogable de seguir siendo.

-¡Salve! ¡Reina de hermosura! ¡Madre del divino amor!

Sin duda, nadie que viera con sus ojos la bendita necesidad de doce almas al amparo de un clamor en el vacío, podría dejar de creer que la mar fuera otra cosa que un continente roto bajo un millón de lágrimas...

La madre corre calle abajo, hacia el puerto. Grita mil nombres confundidos con el eco de las aguas que se caen a la tierra. Otras mujeres la siguen. En el muelle, lenguas de fuego rompen la oscuridad desde sus cajas de cristal, asidas por los hombres que quedaron. Agujas de agua se clavan frías en los rostros de las mujeres. No importa. Ellas no sienten. A lo lejos, pequeñas luces verdes y rojas anuncian la llegada de los más afortunados. En el muelle, el abrazo de toda la eternidad, funde a los hombres con sus mujeres. Ella sigue mirando más allá del infierno...

...Ha pasado casi un día. Algunas mujeres la abrazan intentando regresarla a su hogar.

-¡Resignación! Es inútil; vuelve a casa con los tuyos.

Pero ella ha perdido su mirada entre las aguas. Su corazón se le ha ido por los ojos.

El niño ha llorado amargamente junto al bote, tanto, que al final ha quedado dormido. Es el suyo un sueño profundo y sosegado. Es el suyo un sueño de niño. Mientras, la noche ha extendido su manto sobre el mar. La tormenta ruge de nuevo, esta vez con más furia. La madre sigue en el muelle. No ha dejado de mirar ni un sólo instante hasta más allá de la esperanza. El niño despierta. Frota sus ojos cerrados de bostezos. Baja la vista. Frente a él está el bote. Tiene la tapa puesta. No queda en ella ni un sólo rasguño.

-¡Habéis vuelto!

Puesto en pie, levanta el bote hacia los cielos. Lo sostiene con su mano izquierda. Con la derecha abre la tapa. Y el cielo, al que sólo penetra la mirada inquisitiva de un niño, comienza a disipar sus nubes entre una mansa brisa de cálida salitre. Han cesado los rayos, y el trueno ha dejado su sitio a la paz inquebrantable del silencio. Una a una, como infinitas porciones de sol, aparecen las estrellas.

A lo lejos, una pequeña luz roja enfilea el puerto. La mujer levanta sus últimas fuerzas hacia el cielo:

-¡OH Dios mío! ¡OH Dios mío! ¡Es él!

Una última lágrima se desliza trémula por la mejilla cansada del niño, despertando sus resacos labios al contacto de su cálida caricia. Al fin sonrío.

BREVE HISTORIA (1996)

1960: LA MAÑANA.

¡Lindo caballito es malo! Que come de la cerca hierbas, y masca caracoles, que no los ve, y ni se para a mirarlos. Malo. Pero me fascina, con sus crines vueltas de viento en la mañana. Y papá le agarra con la cuerda al cuello, y vuelta y vuelta, gira que te gira, en torno a él. Y yo me aburro. Y me voy a ver a las gallinas, ¡cochinas! pica que te pica. Que se van todas a comer el grano que toca la primera. ¡Y mira que hay granos por todo el corral! Y las miro curioso, que están locas todas, que no paran de hablar en eso que hablan ellas, que no lo entiende ni el gallo, ahí subido en el palo, no vayan a volverlo loco a él. Y me voy, y me meto asustado en el maizal, y me tira el vértigo hacia dentro, y me persigue el miedo, pero lo dejo atrás, y corro y corro, y en el centro me lo trago, y me asusto tanto que me ahoga el aire que me tapa la salida. Pero tengo que salir. Aunque corro despacio y pierdo los pies. Y me tiro agotado sobre la hierba, jadeante. Y ahí está entre las nubes la mañana. Y ese sol que me pica cariños en la cara. Y me arrullo y me duermo un poco, despierto. Y me voy a la guerra, cuando cierro los ojos. Y machaco a los fuertes de la escuela, que son todos capitanes enemigos, y les golpeo ese odio que me hacen mascar entre dientes, y rescato a los niños gorditos, y a los feos, y a los tontos, y les dejo juzgar a los más grandes, y los destierran. Y me caso con la niña de las trenzas negras, la que se sentó a mi lado un día que llegó tarde, y me llenó los ojos de lavanda y de cosquillas. Y me levanto y grito. Y bajo corriendo la ladera, y se salen los ojos asustados de todas las ovejas: Y me río, y no puedo parar esa risa loca. Y me subo a la encina, que es la almena de un conde sanguinario, y me lleno las

piernas de resina, y me paro en la rama más fuerte. Y me pica de repente todo el cuerpo: está lleno de bichos, y no es una almena, que es un árbol. Y salto al suelo y me voy corriendo hasta la casa, y me imagino a las hormigas, que me persiguen todas, y las gallinas, y los niños fuertes, y las uñas de maíz, y me da mucho miedo, y me abrazo a la pierna de mamá, y me regaña: me dice. Y miro a papá, vuelta va vuelta viene con el caballo, y reposo la mejilla en el mandil, que es más dulce que mi almohada y que la mermelada juntas. La digo. Y me voy a merendar mi quesito con membrillo.

2015: LA TARDE.

¿Dónde vas?

Se aleja. Con el silencio cargado a la espalda. Después de tanto tiempo.

Ella le mira. ¿Dónde vas?

No ha vuelto la cabeza. Ella se sienta y espera. En vano. Sabe que no volverá. Sus ojos están tristes. Y columpian serenos dos lágrimas. Recuerda. A lo lejos su figura se ha vuelto nada, y aquí, mientras tanto, su presencia, terrible por no estar, lo es todo. La vieja casa se ha quedado vacía. Vacía de soledades y de presencias, de sentimientos y de ecos. Como todo en la aldea. Era el último. En las calles, el canto de la fuente es un quejido roto, que no encuentra murmullos en que apoyar sus horas. Y el campanario, voz de otro tiempo, es ahora silencio y herrumbre. Ya no huele a barro. Ni huele a pasto. Ni a sudor, ni a bestia, ni a Domingo. Solo un olor ocre de desván se extiende por el pueblo. El pueblo es un desván. Ya no van las mujeres a la fuente, antes que el alba, con sus cántaros de barro. Ni caminan los hombres, hoz al hombro, a la linde de los campos de labranza. No hay campos de labranza. Ni hombres. Ni otra mujer que esta

pobre, cansada. Entre los tejados, mellada, se dibuja la tarde. Ya no trae colgado de sus horas el grito alegre del casino. Allá, donde el vino renovaba la secreta alianza entre los hombres, solo queda ruina. Una oscura y densa ruina. Y junto a ella un último rescoldo se apaga lentamente. Su hombre murió. Sus hijos se marcharon. La visitaron una vez, hace más de una década, y la dejaron ese soberbio perro que acaba de partir para siempre. Ella, en su delirio, amó al perro porque en él amaba al mundo. A su mundo. Pero su mundo ha muerto, o se ha ido. O las dos cosas.

EPÍLOGO

A varios cientos de Kilómetros, un niño se sienta en la rodilla de su padre. Sostiene el padre una foto, amarilla y vieja.

Y el padre tiembla. Como temblaba en la almena. Como temblaban sus sueños al abrigo del maizal. Y le llora el olor a mandil que le llega lejano, desde el último rincón de esos sueños que mueren cuando son niños. Cuando son libres.

Pero la última abuela ha muerto. O se ha ido. O las dos cosas.

...Y DIOS LE CONTESTÓ (1995)

Seca y sola, la última lágrima empapa la tierra removida buscando el corazón amigo. Está próximo el ocaso. El sol tiñe de cálidos temblores el confín del mar y, éste, se agita en silencio, quizá respetuoso. La brisa enreda con sus manos frías y sinuosas, juguetonas, en el cabello largo y negro del muchacho. Está sentado sobre una roca, escondida la cabeza entre las manos. Clava sus ojos en el inmenso océano. A sus pies descansa la fatiga el compañero fiel, y el eco, recuerda confundido en el rumor del mar aquel ladrido alegre, tantas veces lanzado a las gaviotas. Se pregunta el muchacho atormentado, que habrá sido del alma de su amigo. Aquel alma que, enhiesto y agitado el rabo, derramaban sus ojos sonrientes; aquel alma que gritaba amenazante al propio miedo, y que en las noches de invierno, bostezaba plácida tumbada junto al fuego. Si, sin duda tenía alma. Tenía que tenerla. Poco importaba lo que dijeran los hombres de aquel pueblo, aquellos mojigatos temerosos del Dios que bien amado no puede ser temido -¿Cómo podía aquel muchacho -graznaban aquellos pecicuelgos- dar cristiana sepultura a un condenado chucho?

Mas con todo, el muchacho, sin apartar los ojos del océano seguía completamente seguro:

- ¿Cómo no habría de tener alma un ser tan lleno de vida?

La brisa, taciturna, acariciaba de nuevo su nuca.

- ¡Me haces cosquillas viento!

Como el sol brilla más tras la tormenta, una sonrisa resplandece en su rostro humedecido por las lágrimas.

- Se diría que estás vivo ...

Un postrero rayo de sol agoniza detrás del horizonte. Rítmicamente, varan las olas rotas en la desierta playa. En el silencio se columpia acompasado el rumor del mar. Relajado, sordo; incesante. Parece que respira ...

El muchacho abre los ojos y el corazón da un vuelco jubiloso.

- ¡Tú también!, ¡Estás vivo mar! ¿Lo estás? ¡Tienes que estarlo!

A lo lejos agitan los árboles sus copas cubiertas de plata. Un rayo, presuntuoso, desgarrar el firmamento limpio; cargado de estrellas que palpitan con un brillo renovado. El muchacho, puesto en pie, extiende los brazos hacia el cielo mientras su corazón late con denodada furia.

- ¡Tú firmamento!, ¡Estrellas!, ¡Cielo!; ¡Todos estáis vivos! ¡¡El universo está vivo!!

Yace el muchacho fulminado sobre la tumba amiga. Una lluvia fina, entrañable, empapa suavemente su cuerpo inerte filtrándose después bajo la tierra. Su alma, aún en pie, lanza por última vez un grito indescriptible:

-¡Sí! ¡Estás vivo! Dime... ¿Quién? ¿QUIÉN es tu alma...

LA ESPONJA (1994)

No quieras decirme cómo tengo yo que poner en claro estas cosas.

Así era como solía mediar en las ocasiones en que con buen o mal criterio, que para éste y otros muchos casos era, bien mirado, lo de menos, el buen niño intercedía en favor de su esclavo. En aquella ocasión la disputa, arrancaba del caso en que con mala fortuna, el siervo, había derramado el cuenco de deliciosas frutas que traía, mediado el día, para disponer el debido bocado a cuantos en aquellos días se acercaban a la casa.

Treinta latigazos habrán de bastar.

De esta forma sentenciaba el padre a la manera en uso en aquellas lejanías, que no viene al caso situar ni en el espacio ni en el tiempo, con más razón siendo éstas dos cosas a cuya sustancia mi ciencia escapa. Era el caso que, en las fechas que ahora nos ocupan, concurrían en torno a la casa, multitud de curiosas muchedumbres, ora vecinas, ora venidas de lejanas tierras. Se debía este fenómeno peregrino, que bien por su naturaleza, por su rareza, o por su belleza, así puede ser llamado, a la presencia en aquella construcción de argamasa y sombra de palmera, que servía de hogar al viudo y a su hijo, de porquera a una escuálida piara, y Dios sabe de qué al oscuro esclavo ganado en una de tantas guerras, de una esponja que por amarilla se decía bien antigua, siendo lo insólito del caso, que de otro modo no andaríamos ahora entretenidos en el curso de esta historia, que la referida esponja, estando próxima la primavera, daba en manar a borbotones un clarísimo torrente de la más dulce de las aguas que recuerde paladar. De la certeza de esta historia no cabe dudar, que son legión quiénes afirman haber bebido de estas aguas, que por añadidura, tenían el efecto de un bálsamo capaz de exorcizar a toda suerte de demonios que de

cuando en vez, como es cosa sabida, penetran en lo profundo de los cuerpos haciendo de éstos presa de los más insoportables dolores.

El padre de mi padre la puso ahí, que de dónde la trajo, y si fue de los cielos o la tierra, es cosa que nunca he sabido del todo.

Era cuanto aquel viudo acertaba a decir de aquella esponja, que no por misterioso, sino porque en verdad era esto cuanto el sabía de la historia, que había muerto el padre de su padre con aquel silencio tortuoso en que se viera sumido desde el día en que la esponja comenzara a manar.

¿No bastarían cinco latigazos?

Y se cubría el niño el rostro con las manos, que era muy grande desvergüenza contrariar lo que era ley viniendo de los labios su padre.

Poco se sabe de la vida del padre del padre, salvo su condición de soldado de fortuna, y que anduvo de un lado para otro, hasta el lugar en que nacen las aguas que se desploman al llegar al negro abismo que se esconde tras la orilla del mundo. De la esponja, cuentan los más ancianos, de cuyo testimonio no conviene hacer mucha cuenta, siendo la vejez germen de no pocas fantasías, que habiendo perdido la suya, fue sustraída por el padre del padre, pues es cosa sabida por quiénes se entregan a los caminos pedregosos del desierto, que el agua a menudo se refugia entre sutiles recovecos de las rocas, siendo en estas ocasiones de no poca utilidad una esponja con que absorber unas gotas que llevarse a los resecos labios. Se la apropió, dicen los ancianos, aprovechando un gran tumulto que se formó recién concluida la ejecución en la cruz de un alborotador, de cuyo oscuro mensaje, andan haciéndose eco los mundos por obra de otros tantos locos que dicen anduvieron con él.

¿Diez no serán suficientes?

En verdad puede decirse que quien lo viera, podría sentir en sus entrañas el dolor, de tal forma se retorcían sus carnes lamidas por el látigo. Y se confundían las lágrimas vertidas por el niño con el profundo olor cálido de sangre, de cuya dulce presencia, se llenaba el calor seco de la tarde. Y cuentan quiénes vieron aquel día, que en esa misma tarde tuvo lugar un hecho que vino a ganar por extravagante al que ya conocemos, pues ocurrió que la esponja, sin que nadie sepa muy bien cómo, torno en vinagre el fruto de su manantial, y continuó manando de esta suerte hasta Dios sabe cuando, que de la esponja no se ha vuelto a saber. Y dicen los ancianos, de cuyo testimonio no conviene hacer mucha cuenta, que un grillete despierta otro grillete, un muerto, otro muerto, y una lágrima, todas las lágrimas.

A pesar de la veracidad de los muchos testimonios, es posible que haya aún quien no dé mucho crédito a esta historia, mas no le culpo, pues es de buena lógica pensar que de una esponja, a fin de cuentas, sólo mana aquello de lo que uno la empapa previamente...

FLOR (1993)

Se dolía largamente, tendido en el diván. Era el suyo un dolor adormecido, como confundido de estupores arrancados a un sueño largamente sentido. Más allá de su vista, tras la cortina de imágenes ausentemente fijas, paseaban los fantasmas risueños de un hoy que a duras penas comenzaba a ser ayer. "Te entregaré mis dudas, niña amada, y serán en tu presencia certezas a la luz del amor que nos une", dicen que la dijo. Cálidos dedos de luz, acariciaban de ternura amarillenta los frondosos setos que circundaban de verdor las aguas quedamente límpidas del estanque. El edificio principal se levantaba al término de un camino de grava que sinuoso, entretenía la vista de los que hasta allí se acercaban en un coqueto juego de adivinanzas: se ve, no se ve...

En el porche custodiado de columnas, una noche en que la luna lanzaba a las atónitas estrellas su bostezo pleno de luz, ella había escuchado por primera vez de sus labios una promesa: "estaré donde quiera que esté mi amor, por siempre". Las horas mecían su perezosa presencia bajo las ramas de un roble detenido en el tiempo. Silbaba el aire de amor en sus oídos repletos de silencios elocuentes, que no hay voz en el amor más cierta que aquella que se calla y se sonríe. Así pasaban despacio las prisas de un mundo ajeno e irreal que se alejaba de sus mentes, más allá del sendero.

"¿Qué quieres de mí?" dicen que dijo ella. "No quiero de ti, quiero por ti", dicen que contestó. Y al arrullo de las tardes de sol y de cortejos, extendían sus manos caricias, de temblores secretos sostenidas. Y rozaban sus labios el vértigo ebrio de una luz de oscuras melodías, al abrigo de calladas intenciones.

"He de partir", dicen que dijo él. "¿Volverás?". Puso en sus manos frías una flor. "Volveré, pues es aquí donde encontré el amor", dicen que contestó.

Largas pinceladas de gris doliente iban pintando su canción triste de nostalgia sobre las paredes de la casa, junto a los matorrales que indolentes alzaban su anarquía de ramas descuidadas sobre el camino. Una punzada indefinible quemaba de dolor el corazón de las horas de la amada. Se sentaba en el pórtico escuchando de la brisa la nostalgia de unas palabras detenidas en el aire de una noche lejana. "Estaré donde quiera que esté mi amor, por siempre". En su regazo, una flor se resistía a dejar en la tierra el canto triste de sus pétalos llorados. Se parece el amor a una estación en que confluyen sonrisas y nostalgias, angustias y reencuentros, temores y abrazadas palabras de ternura. Y se fue yendo la vida de su corazón, como se va la luz del día en su abrazo sereno con la noche: lentamente, al abrigo de lo oscuro y de lo frío. "Volverá" dicen que dijo, para después entregarse al sueño de las dudas de este mundo, quien sabe si certezas de algún otro...

...Traía su rostro curtido por el frío y el camino, envuelto en la insanía de saberse amado en la distancia, que enreda con sus dedos cargados de pensamientos en la nítida certeza de los corazones hasta nublarla finalmente; que no hay amor más dolido que el que se piensa de continuo. Ascendió a paso ágil y fuerte por el camino, que en un corazón que busca, sólo queda fuerza en sus pisadas. La encontró tendida frente al pórtico, extendidas sus manos hacia él. En su cabello escondían su vergüenza las hojas del otoño, venidas del descuido del jardín. Cogió entre sus manos una flor marchita, y deslizaron sus mejillas una lágrima impotente, que si fue él quien lo hizo, no lo supo. Se arrodilló a su lado sin ver ya nada más que un vacío silente y confuso. "Estaré

donde quiera que esté mi amor, por siempre", dicen que dijo. En el aire cantaba el último pétalo su dulce letanía de desesperación. Y así dicen que ocurre en cada otoño, cuando se van los amores a encontrar en el albor de la nueva primavera, una nueva flor que dure lo que un sueño.

SEGUISMUNDO DIXIT (1997)

A María le extrañaba sobremanera ver con tanta nitidez aquella mesa que estaba tan quieta, con sus cuatro patas firmemente apoyadas en el suelo. Recorrió con la vista aquella habitación y le llamó poderosamente la atención la mansedumbre de los colores. Los tonos eran normales y tenían, como todo en la sala, una regularidad descorazonadora: la mesa era marrón al igual que las sillas; el suelo, que terminaba de manera perpendicular a las cuatro paredes, se hallaba cubierto por una alfombra de ornamentos geométricos, y no tenía una sola arruga en toda su extensión. Había también una ventana, perfectamente situada a media altura en una pared lateral, desde la que se podía ver con absoluta claridad un horizonte limpio y azulado. María se sentía inquieta frente a todas aquellas novedades, cuando de pronto, pudo ver como la puerta que estaba frente a ella, al otro lado de la mesa, comenzaba a abrirse describiendo un arco perfecto con respecto al eje de las bisagras. Del exterior de la sala fueron llegando cuatro personas que se sentaron en torno a la mesa. Caminaban con una regularidad espantosa, avanzando un pie después de hacer lo propio con el otro, hasta que todos estuvieron acomodados. María examinó detenidamente a los cuatro personajes, y conforme lo hacía crecía su extrañeza. Había un hombre alto y una mujer bajita, y junto a ellos, frente por frente, un niño larguirucho y una niña chiquitita. María se quedó de una pieza cuando vio el enorme parecido que había entre la niña y la mujer; y aún se asombró más si cabe al darse cuenta de que el niño y el hombre eran también como dos gotas de agua. Antes de que María pudiera recuperarse de esta impresión, la mujer se levantó y salió de la sala por unos instantes, mientras los tres presentes se sonreían por turnos, como si siguieran un ritmo predeterminado. Entonces regresó la mujer, y fue

dejando sobre la mesa cuatro platos absolutamente idénticos, pues todos tenían la misma forma, el mismo tamaño y hasta la misma decoración. La mujer colocaba los platos sobre la mesa de tal forma que se podría asegurar que entre ellos mediaba la misma distancia. Después volvió a marcharse, y de nuevo entró en la sala, esta vez portando cuatro vasos también idénticos, con los que realizó la misma operación. María observaba todas estas cosas con inquietud, pues las juzgaba extrañas sobremanera, y no encontraba para ellas ninguna explicación. A pesar de todo, no pudo dejar de mirar, con lo que tuvo tiempo de ver como aquella mujer traía entre sus manos una olla humeante, en la que introducía un cazo para después vaciar su contenido meticulosamente en el interior de los cuatro platos. Por fin, la mujer se acercó hasta la mesa con unos cubiertos, los fue distribuyendo entre los demás, y luego se sentó. Allí estaban los cuatro personajes, moviendo los labios de manera rítmica, mientras se miraban los unos a los otros. De vez en cuando, como si hubieran llegado a un acuerdo tácito, llevaban uno de aquellos cubiertos a la boca y la cerraban por un instante, hasta que después volvían a mover los labios al tiempo que sonreían. Mientras tanto María estaba cada vez más nerviosa. Observó que podía desplazar su vista con entera libertad, lo que vino a incrementar su incertidumbre, pero aprovechó su descubrimiento para mirar con asombro todas las cosas que rodeaban a las cuatro personas, pues pensó que así podría calmarse. Pero María estaba equivocada. Cuanto observaba entre aquellas paredes no hacía sino incrementar su ansiedad. Había cuadros distribuidos por las cuatro paredes, que para su asombro eran todos poligonales. También había muebles, todos ellos en los mismos colores que la mesa y las sillas. De pronto María empezó a sentir miedo. Sintió miedo cuando fue consciente de la luz. Nunca antes había visto tanta luz. Las paredes, el aire; aquella ventana. Todo

estaba lleno de luz blanca. También sintió miedo cuando se dio cuenta de que nada entre aquellas cuatro paredes había cambiado en todo el tiempo que llevaba mirando: la mesa y las sillas, la alfombra, los muebles y la puerta; todo era igual que al principio. Entonces el miedo de María se transformó en pánico. Intentó cerrar los ojos con todas sus fuerzas, pero era inútil. Sabía que tenía que conseguir cerrar los ojos, porque notaba como su corazón latía cada vez más deprisa. Hizo un último esfuerzo hasta que por fin lo consiguió. Cerró los ojos y por fin se sintió reconfortada. Miró alrededor y vio que todo seguía como siempre: los infinitos colores, las formas cambiantes, los escenarios que se transformaban a cada paso, y la bendita oscuridad. Cerró los ojos tanto como pudo y respiró aliviada. ¡Que susto! -se dijo- ¡Me he debido quedar profundamente despierta!

ÉL DIOS DE SODOMA (1992)

La tensión bailaba a un ritmo frenético por la habitación. Peinaba, con su cepillo de púas frías, todos los pechos congregados. El engreído pecho de Antoñito, estudiante aplicado de derecho, deportista, y alguna que otra barbaridad. El egregio y monumental pecho de Doña Maruja, que aspiraba con fuerza su indignación puesta en jarras. El pecho póstumo de la abuela Lola, tan venido a menos como a más sus gimoteos; y, por último, el cándido pecho de Merceditas, erguido con orgullo iniciático. Desde que aquel chisme comenzara a sonar todo era un ir y venir de batas: batas verdes y batas blancas, batas a lomos de zuecos o colgando de cofias, batas altas y batas bajas; pero todas preocupadas.

- ¿Qué es doctor, qué tiene? -preguntaba el rostro colorado de Doña Maruja. (La señora acostumbraba ejercer de guía y espíritu santo en toda suerte de bochinches y caóticos sucesos.)

-¡Apártese! -gritaba con firmeza el que parecía el más principal de los galenos en lid- ¡Hagan el favor de salir de la habitación! ¡Enfermera!, acompañe a los señores al pasillo.

En el pasillo, se columpiaba el tiempo con irritante lentitud, como si de un trastulillo cruel se tratase. De vez en cuando se detenía. Punzaba con un finísimo témpano el corazón del más cercano y volvía veloz a su columpio sonriendo entre dientes. Antoñito hacía trotar por el pasillo su inquietud. Mientras, la abuela Lola hubiese erizado los pelos del más osado y capaz de los demonios con uno sólo de sus alaridos inhumanos; y por su parte, Doña Maruja ideaba las más disparatadas promesas que santo alguno haya oído jamás.

De pronto, el trastulillo del tiempo cayó de bruces y derramó por los suelos los témpanos de hielo que fueron a clavarse en los pies de la familia: el doctor había abierto la puerta.

-¿Son ustedes sus familiares?

-Sí doctor...

-Lo siento... No hemos podido evitar que su marido entre en coma.

Doña Maruja sintió la paz más dolorosa y atontada que imaginarse pueda. Como el bofetón inesperado que ya ha llamado a la puerta del rostro, pero aún no ha sido presentado formalmente a la conciencia.

2

Don Antonio, a decir verdad, no había entrado en coma. No había entrado en ningún sitio. Ni tan siquiera había logrado salir de aquella habitación. Don Antonio, tan perplejo como un gato cuando escucha cuchi cuchi, flotaba como un globo panzón, rebotando su trasero en el immaculado techo. Contemplaba absorto la extrañísima escena desarrollada en aquella habitación que estaba en todas partes, que se movía perezosa a sus pies; como los reportajes de astronautas en la televisión. Se preguntaba, el bueno de él, que suerte de brujería le mantenía en aquella posición:

-¡Esto es cosa de mi suegra! -decía, no con demasiada convicción.

Pero lo cierto es que su suegra, la abuela Lola, estaba tumbada en el pasillo, o diría más bien, derramada en un sillón pidiendo a voz en grito un gelocatil y una copita de quina; y desde luego, poco tenía que ver con el trance que afrontaba su yerno con singular gallardía. No, lo que pasaba, como seguramente habrás adivinado, taimado y sagaz lector, es que el bueno de Don

Antonio estaba en trance de morir, esto es; con un pie aquí y otro al norte de San Andrés de Teixido, pongo por caso.

Y mientras estaba yo en estas consideraciones, una de las enfermeras tuvo la ocurrencia de abrir un poco la ventana, por aquello de airear la habitación. Y fue esto, más la ayuda desinteresada de algún Levante, Mistral, u otra suerte de desconocido viento que acertó a pasar por allí, lo que dio con Don Antonio en la vertical de la Plaza de Cristo Rey, a unos Doscientos metros del suelo.

3

Resultaba gracioso ver Madrid desde aquella altura. Una manchita gris que temblaba bajo el espeso humo del progreso. Como un escupitajo de lunes en un andén de metro. Don Antonio, invisible al uso de las ánimas, se alejaba con respetable velocidad a través de las bóvedas de Milton. Escuchaba, como entre algodones, extrañas músicas y cánticos, y veía revolotear en torno a sí multitud de traviesas lucecitas. Por última vez miro la redondez desnuda y azul de la tierra.

-¡Qué cachondo! -se dijo- ¡Cómo en los telediarios!

A medida que se acercaba a lo que parecía el final de su trayecto empezaba a distinguir alguna que otra figura luminosa. Una vez llegó, uno de aquellos seres, que no se distinguía de sus amigos de la copa, El As y el dominó más que en su brillante color blanco, se la acercó.

-Siéntese aquí, tenga la bondad... ¿Nombre?

-Don Antonio Gaspar López.

-¿Qué tal el viaje?

-¿Qué? ¡Ah!. Si... bien, bien.

-Pues nada hombre nada. Si es tan amable me rellena este cuestionario y después ya le digo...

-Conforme.

Don Antonio, que era hombre prudente, se leyó con atención el test un par de veces, y con tiento y pericia se dispuso a rellenarlo mientras murmuraba entre dientes. La verdad sea dicha, aquellas preguntas apenas si ofrecían dificultad, aunque eso si; Don Antonio las encontraba... ¿cómo diría yo?... comprometidas.

-¿A qué iglesia pertenece? Claro, si le digo que soy católico y el jodío éste me sale protestante la cagamos. ¡Cristiano! Le pongo que soy cristiano y en paz.

En estas y otras cosas de igual trascendencia se entretuvo Don Antonio hasta que dio por terminada la prueba. La repasó por encima y la entregó tembloroso.

-Espere aquí que en un momento vuelvo con los resultados ¿vale?

-¡Vaya usted con Dios!

-Con él voy precisamente, pero usted no se impaciente que es cosa de poco.

Allá quedó Don Antonio confuso e intranquilo, repasando mentalmente los posibles fallos.

-¡Cómo echo en falta unas uñas! ¿Qué coño me muerdo yo ahora?

Debe ser, ciertamente, un gran problema llegar al cielo sin uñas.

4

En la habitación, supuesto que aquel lugar más lleno de luz que de espacio lo fuese, Don Antonio miraba con impaciencia las cuatro caras alineadas tras la maciza mesa construida en espíritu de roble. Reconoció entre las manos de uno de ellos los impresos rellenos hacía ya algunas horas. Contempló como

pasaban de mano en mano entre sonrisas de complacencia y gestos de clara desaprobación.

-¡Qué pena! -exclamó una de las caras- se aburrirá usted bastante en el lugar a donde va. Demasiado, demasiado beato. Con esta nota no habrá más remedio que meterle a usted en el segundo cielo, con los mojigatos. Es evidente que no podrá entrar usted en El Edén, y de todos modos no se si allí lo pasaría bien, pero con una nota algo más baja...

-Con una nota más baja... ¿qué?

-Bien, quizá de haber sido más picaruelo allá abajo hubiera entrado en los dominios del dios de Sodoma. Dicen que es un lugar bastante divertido. Supongo que conoce usted la historia ¿no?

-Pues no, la verdad, no.

-¡Nada hombre nada! se la cuento al instante. Verá usted, al principio dios, lo que se dice dios, solo había uno. Cuentan que era enorme y hermoso como ninguna otra cosa. Y así siguió siendo hasta que ustedes los hombres, a golpe de herejía, cruzada, nacionalismo y ku-klux-klan, comenzaron a partirlo en trocitos pequeños y disformes. Los trozos, por ser (dada su condición divina) inmortales, comenzaron a vivir de forma independiente; cada cual por su norte. Solo los griegos, maestros de la holganza donde los hubo, tuvieron tiempo de extremar su facultad contemplativa hasta alcanzar a ver alguno de estos dioses de que le hablo. ¿Me sigue?...

-Hombre...

-Nada, continuó Decía que los dioses se independizaron, pero no se separaron. Uno de ellos se erigió en líder sindical y los unificó a fin de no perder su poder ancestral. Reunidos todos, tuvieron por buena cosa construir un cielo con que premiar a aquellos hombres que les habían hecho independientes, y pronto,

todos pusieron manos a la obra. Pero ocurrió que estando los dioses en la hora del bocadillo, Sodomín, un dios pequeño y pródigo a dar por culo, cogió de la mesa lo que él tomó por una postal y se largó con ella a jugar a un lejano paraje de la tierra. Con su cubo y su pala, como un niño en la playa, levantó en la arena lo que había visto dibujado en la postal, que no era otra cosa que el cielo que planeaban los dioses.

-¡Abrevie! -espetó Don Antonio-

-Pues bien, en resumidas cuentas; los dioses, que no sabían que aquello era obra de Sodomín, lo tomaron por obra de los hombres y se cabrearon muchísimo, porque, según dijeron, ¡Estos hijos de puta no han empezado a joderse y ya se están haciendo un cielo! (sic). Enojados, pisotearon la ciudad de Sodomín, y decidieron cambiar el proyecto urbanístico por algún otro menos divertido. Sodomín, cuando vio como pisaban su ciudad la reconstruyó mucho mayor en el cielo, y poco a poco la fue poblando de almas de difuntos.

-¿Y lo del test? -inquirió Don Antonio.

-¡Ah!, el test. Como usted comprenderá, los dioses desde entonces tienen ganas de fastidiar a los hombres. Antes hacían un juicio solemne, pero era muy breve e indoloro. Después tomaron la idea de ustedes. De ese martirio que llaman... ¿selectividad?

-Selectividad -confirmó Don Antonio.

-Después de la prueba se quedan los más acreditados y mandamos los demás a Sodomín, que como bien habrá concluido usted es el dios de Sodoma.

-¡Vaya por dios! -exclamó Don Antonio contrariado.

En un principio, el tiempo terrestre y el celeste transcurrían a la par, cuando los hombres andaban sus días a golpe de campana de convento, de lluvias y estíos. A medida que el hombre comenzaba a inventar las más sorprendentes maquinarias para someter el tiempo a su voluntad, éste se mostraba más inquieto, hasta que al cabo, retorcidos sus huesos en los grilletes del estrés, los dígitos nipones y el café de dos minutos frente a la oficina, el tiempo terrestre se tornó increíblemente rápido frente al de los cielos. Es por esto que a pesar de lo breve que pueda parecer en principio la estancia de Don Antonio por aquellos lugares, se tiró, bien a gusto, sus dos meses y pico de coma entre los vivos.

Doña Maruja, coronada de rulos, colgó el teléfono con singular emoción. Voló a la salita a través del angosto pasillo y vociferó, a modo de mercader, las importantes nuevas.

-¡Qué ya ha salío!

La abuela Lola se retrepó en su mecedora soltando bruscamente sus enseres de ganchillo.

-¡Qué me ha llamao el niño y dice que el Antonio ya ha salío del coma!

-¡Virgen de la Fuencisla! ¡Alabado sea el señor! -no se sabe bien si gritó, clamó o invocó la abuela Lola.

A Merceditas se lo contaron en el taxi, durante la escena llevaba puestos sus Walkman a todo volumen y quedó bastante aturdida, porque desprovista de diálogos tuvo la impresión de que su madre y su abuela interpretaban alguna desconocida danza tribal.

-Soy su señora doctor, anunció Doña Maruja con evidente autoridad-
¿puedo verle?

-Puede usted pasar unos minutos, pero procure no alterarle, aún está muy débil.

Doña Maruja se sentó en una silla a la derecha de la cabecera de su marido y estrechó su mano entre las suyas con ternura, se diría que tal vez con devoción.

-¡Qué susto me has hecho pasar Antonio! ¡Menos mal que mi madre se ha pasado estos dos meses haciendo novenas y a Dios gracias te mejoras!

-¡Déjate de gilipolces! -gruñó Don Antonio- ¡si estoy así es por ti y por la bruja de tu madre, que mal rayo no la parta!

-¡Jesús, María y José! ¿Pero qué dices?

-¡Qué estoy hasta los cojones de aguantaros a las dos, de ahorrar como un judío para compraros abrigos de piel de foca... ¡qué eso es lo que eres!, ¡una foca!

.¡Antonio por Dios...

-¡Ni por Dios ni por La Virgen! ¡Lo primero que hago en cuanto salga de aquí es ir de putas, y ahí te quedas tú con tus hijos, que valientes gilipollas son los dos!

-¡Ay señor, Antonio no blasfemes que te vas a condenar!

-¿Qué me voy a qué?...

Súbitamente Don Antonio estalló en una sonora carcajada. Atronadora, siniestra. Digna del mismísimo Satán. Rió y rió, y conforme reía su tez se volvía intensamente morada, después azul, y después, cuando estalló el silencio, se torno en una espeluznante mueca blanca.

Una línea se dibujó en un monitor. Doña Maruja comenzó a gritar como una loca, y Don Antonio, sobre su propio cadáver, flotando ya como avezado espectro, se dijo:

-¡Es cachondo esto de morir de risa!

..y lentamente se alejó camino de Sodoma.

DE LOS SORBOS DE VIDA (1997)

Cuando las cuarenta putas llegaron en el autobús, habíamos bajado a recibirlas de la estancia vacía en que nos hallábamos desde la medianoche. El frío había calado ya nuestros huesos entre las ropas militares, a través de la sangre y el barro. En el pequeño pueblo, la luz se hacía de rogar tras las cumbres altas y nevadas de las cercanías. En los ojos ávidos de mis camaradas, se sentía el cansancio y la desesperación. Pero la presencia repentina de las hembras, comenzaba a dibujar escenas de lujuria frente a sus ojos niños. Tanto, que algunos se quedaban en blanco, como mirando algún punto intermedio entre las putas y Dios. Se oyó el murmullo quedo de las voces expertas de las muchachas, acompañando sus pasos por el angosto camino que acercaba la casa a la carretera. El griterío de los muchachos, que asemejaban potros, llegó al encuentro de las voces soeces de mujeres, que pregonaban la humedad de su mercancía. Cuando llegaron a nuestra altura, cada uno de nosotros acercó su miedo a la ternura ofrecida. Y de esta suerte fue que subieron de dos en dos, buscando cada cual el pan de los días muertos. A un paso de la escalera, ella me miró sin mirarme: espera -me dijo, y se llegó a la cantina, a la izquierda de la casa. La seguí de inmediato, y una vez dentro la sorprendí inclinada sobre un canastillo de madera vieja. Se giró, mirándome a los ojos: es mi hijo -escuché que decía; pero ven, que es horita. Algo dentro de mí hizo volar por los aires toda aquella mierda. Quédate -la dije- platiquemos un rato. Y conversamos sobre la vida y la muerte, sobre el dolor, el amor, y todas las miserias; sobre las cosechas y las estaciones, sobre la temperatura y el demonio cabrón que sacó la pólvora de lo profundo. Y en éstas se llenó la cantina de silencio. Me giré al

tiempo que cruzaron la puerta todas las muchachas. Y por mi padre que se me heló la sangre cuando vi todos esos ojos clavados en mí.

Éste no -dijo ella. Alguien tiene que contar como de bravas son las mujeres en este pueblito.

Y así fue que me libré del degüello brutal a que pasaron a toda la cuadrilla.

LES HABLO A USTEDES (1995)

He renunciado a luchar. Hoy me doy cuenta de que todo está perdido. Cientos de veces he intentado decírselo a la gente, cuando pasa a mi lado; pero es inútil. Desde aquí, largas horas contempladas vacías, he sentido el vértigo cansado de la libertad. Pensé, cerrados ojos, en todas esas cosas por las que he luchado, de las que alimento aun mi cansado recuerdo, otrora libertino. Le cuento todo esto a ese señor que me acompaña, enfrente, sin mirarme ni bajar la mirada, como la misma vergüenza. El no lleva aquí muchos días. Todavía hay en sus gestos una triste nota de nostalgia, aunque comprendo que al principio no es fácil ser libre.

-Les miro, viajeros incansables de la monotonía, y siento asco. Debo volver al mundo inquebrantable de mis sueños tontos, de las aceras que rezan fuera de la iglesia.

En un principio quise ser dueño del mundo, libertador de algún lejano país. Un Tartarín errante, aunque eso sí, gallardo y varonil, no vayan a pensar.

Es la señora López, siempre mira con cara de venir de alguna aparición. ¡La pobre! Valiente imbécil es esta señora. Lleva el rosario en la mano y lo mueve. ¿Contará culpas? ¿Contará penas? Es buen invento éste del rosario. Que si me cago en tu padre dos bolitas para acá, que si blasfemo paso diez y me llevo una... ¡Es que esto de expiar culpas siempre fue un asunto de pelotas!

En fin, les venía yo diciendo (últimamente se me va la cabeza) que me iba a mi eso de andar de un lado a otro, solitario. Eran tiempos turbulentos ¿sabe usted? Lo de ahora pasa de ser viento racheado a huracán avérrnico, pero la turbulencia, la bendita y puñetera turbulencia, dejo de soplar por estos mundos.

Me he quedado pensando esta mañana en lo que hacía, en lo que hago y en lo que haré... Esta mañana he tenido en algún momento la mente en blanco. Les puede parecer extraño que les cuente a ustedes todo esto, y no les culpo. En ocasiones siento deseos de mirar lo que he hecho de forma crítica y juiciosa, pero he perdido la noción del tiempo. ¡Cuántas veces asome mi pensamiento, acosada doncella, al oscuro balcón de la palabra!

Ese debe ser el gato más listo que yo he visto jamás. Ahí, en el camino, Pasa las horas esperando junto a la verja del colegio. ¡Sabe bien cuando llega el recreo el muy jodido! Los niños le parten trozos de sus bocadillos. El se pone de pie y lanza un gritito suplicante, muy gracioso. A Pochola, una de las chiquillas de segundo, le hace muchísima gracia, y deja escapar una sincera carcajada. Los niños se amontonan para dar su parte al gato hambriento. Tanto, que al final acaban pegándose. ¡Endiabladas y sanas hostias de niños! ¡Que no crezcan, ni los unos ni las otras con ellos!

-Me he vuelto a ir, ustedes perdonen. Creo recordar que me estaba poniendo melancólico, quizás pesado; gilipollas vamos. Está bien, les seguiré contando lo del señor de enfrente. Apenas hace unos días que llegó, si, ya se que me repito, pero es que sólo hace unos días que llegó. Pues bien, llegó, como todos los demás, muy estirado y con un cierto aire de no se qué insospechado júbilo (cómo si el júbilo fuera insospechado, ya ves tú). Pues bien, aquel día estaba yo, como acostumbro últimamente, escudriñando en mi sesera a fin de rescatar lejanas gestas con que entretener el ayuno de acciones en que me veo últimamente, tal es mi estado. Me miró largamente, sorprendido. Le saludé, como es preceptivo en estos casos, y desde entonces mantenemos un sabroso intercambio de opiniones que si bien es cierto que a nada conducen, soliviantan el dormido entendimiento. ¿Qué cambio el modo de expresarme? Bien, ¿y qué si

lo hago? Sólo palabras me quedan. Ingenuas, torpes, oscuras. A veces sabias y a ratos trémulas. Saltarinas y lloronas. Sólo las palabras, en el viento agitado de la noche. Sólo palabras.

Es una canción hermosa. La he escuchado a veces, no se donde ni cuando. Aquel día la cantaba una voz rota. Se paseó largamente por delante de mí, insinuando un dulce color ocre tras de sí. Se la veía hermosa, en el aire; con su traje de corcheas espontáneas. Declinaba el sol. Ocre, salmón y fuego sacro bailaban al fondo, imajestuosa danza bautizada en vino! Se marchó la luz, el sol y la canción. Una voz vespertina me despertó:

-¡Mira!, ¿qué hace ahí tirado? ¡Es sólo un borracho! -le contestó otra voz.

Sólo era un borracho, muerto. Un borracho era, solo. Y en el aire, cansada, marchaba la canción. Sin traje, sin danza; sólo palabras.

Se estarán preguntando desde que empecé a hablarles quién soy yo ¿no es así? De momento no quiero decir quien soy. Mejor, les voy a dar algunas opciones y así ustedes tratan de adivinar cuál es la correcta, ¿de acuerdo?

Puedo ser la juventud, inquieta y febril; o quizás sea la mente, tesoro de vanidades insinuadas. ¿Qué les parece un anciano? acaso me sentara bien, entre las paredes pintadas de recuerdo de un asilo. Otros de ustedes pensarán que soy la misma vida, de cambiante y terrible conversación. También habrá quien vea en mí un sueño. Oscuro, extraño; deseable y temible. ¿Se cansan de jugar a las adivinanzas? Un poco de paciencia por favor. Puedo ser el pasado, o el futuro, o el mismo tiempo; soporte de todos los momentos. Acaso sea la religión, ese intento del hombre por indultarse a si mismo. No, nada de eso soy yo. Disculpen los rodeos, hoy hace un gran día y tenía ganas de charlar. Me presentaré sin más preámbulos. Me llamo 123 - A.

Desde hace algo más de diez años soy un nicho de este confortable cementerio.

FIESTA EN LAS VENTAS (1996)

Me he quedado dormido. Aquí, en un parque cualquiera, una tarde cualquiera. Me he quedado dormido a la sombra de los plátanos y los olmos centenarios, soñando:

Don Francisco, de Goya por más gracia, ha llegado de pronto hasta la Plaza de Las Ventas. Trae sobre la espalda un morral de cabrero, en piel curtida. Entre sus manos, y por extraño que fuere, una flauta dulce se cimbreaba, cual carrizo en aire, mientras atraviesa la Puerta Grande. En un arranque de ingenio, ha conseguido saltarse los años, atravesar las regiones intermedias, y plantarse, así de repente, en medio de mi siesta. Viene erguido; desperezando el sueño de los tiempos. Los cabellos recogidos en goyesca, el calzón prieto, y los años plateados en las sienas. Junto a él, desfilando, como al tufo de la flauta, legiones de poetas mudos de taberna, autores de dramas imposibles donde la tramoya se almuerza con lo absurdo y los actores son extraños penitentes que improvisan necedades. Vienen también los pintores de genio minúsculo, que comen subvenciones y meriendan cazalla en fiestas de postín. Entran detrás los agoreros, los críticos, y la jerga en carne de intelectuales. Don Francisco, un suponer, se va dando la vuelta mirando a los tendidos, mientras maquina barbaridades de piel vuelta en los tendidos; que ya barrunta entre las cejas la muerte, entre ladridos sordos y ojos espantados. En el número siete se ha sentado Lorca. Mueve la pajarita al paso de los buches de clarete. Hernández, Don Miguel, espera que le vuelva la bota. Se entretiene haciendo garabatos en cuartilla para mandarlos a Sitjé. A Sorolla, en el cuatro, lo que le pierde es la arena bajo el sol de la tarde. Se la ve acariciada de mar y de murmullos quedos. Junto a la banda, se ha colocado un señor minúsculo con cara de billete. Anda a la maña de trincar la batuta y estira

el cogote por ver el cómo. Manuel se llama, pero le suenan Falla. En las alturas del tendido de sombra, en un que si estoy que si me voy, anda Bécquer, con las manos sentidas en un arma de fuego. En el callejón, un poco más abajo, al suspiro de versos se alborotan las damas. Anda Quevedo en trance de burla con un infante narigudo. Don Francisco, que ya completa la vuelta, se sale por chiqueros y cierra el portón. Quedan en medio los bufones de gloria. Barbieri, en un descuido, le quita a Falla la batuta y la mece en pasodoble.

Salen los de Guisando en clamor fatuo. Hora es de ver cómo lidian las plumas chicas tan grandísimo festejo. Un toro viejo, pétreo, se le arranca al primero de los pintores. El pintor desarma el vientre y tiembla un garabato en la cuartilla. El toro pasa y el gentío abronca a modo. Segunda embestida. Se viene al bulto un subalterno. Traza en el aire unas figuras locas con cemento y temple. Llaman los suyos a esta suerte el pase de abstracción. Para abstracción la del tendido, que no sabe a qué carta quedarse. Se acerca un poetín, con "El Engaño" prendido de las orejas, que así apodan a un crítico de moda. "El Engaño" le dice lindezas en la cara a la mala bestia, que se pone a escarbar, por esconder la risa. Ha comenzado la estampida: poetines y brocheros; colgaos, sermoneros y eointelectuales finiseculares. Todos corren hacia el burladero entre el hombre y el mundo; entre El Arte hecho de piel y sangre y Los Artistas. Tercio de Varas. Silencio de voces y clamor de corazones. En la plaza entra como en un embrujo Quijano, Don Alonso; al que dicen "El Bueno". Lleva los ojos perdidos en la Dulce Inea. Se viene hacia los medios, lanza en ristre. Cita en verso al de Guisando, que se ha quedado pequeño de repente. Los tendidos son ahora extensión vasta; campo abierto. Suena "Canción del Fuego Fatuo".

-¡Vuestra merced! -grita el de La Mancha al de los cuernos.

Y éste, por arte de birlibirloque, se torna molino de repente y se va dando vueltas a los medios; y desde allí le viene la querencia por la biblioteca, que se quiere salir ya de la plaza, sabedor del genio del manchego. Y se arranca hacia la barrera, los cuernos vueltos de lienzo y aire, que así lo pinta Picasso en un suspiro. Y coge a cuatro cuernos a cuantos bufones del arte va encontrando. Al momento, Babiaca, Rocinante, Platero y Rucio, entran tirando del arrastre. Y allí los va colgando Don Quijote, uno a uno, con los calzones gachos y el culo en pompa, lanza en ristre. Y los tendidos son todo pañuelos; que no queda quien no se ponga en pie mirando a Presidencia. Y se los llevan a todos, que Dios sabrá dónde. Y aquí paz y después gloria, dice Don Francisco, y se pega la vuelta de honor con Don Alonso. ¡Qué clamor! ¡Qué orgía de voces y de gozosas palmas!

De pronto, se van disolviendo uno a uno, en el aire de los sueños. Los benditos eternos, en silencio. Queda sola la Plaza de las Ventas.

Despierto. Froto mis ojos, conservando aún en la retina todas estas imágenes, con absoluta y fantástica nitidez. Ha sido un sueño me digo. ¿Ha sido un sueño? De regreso, mientras camino a lo largo del parque, voy mirando algunos quioscos aldaños. Juraría que algunas hojas van cayendo de los libros, que no quedan más de tres frases en algunos. También me parece, en la lejanía de las calles recovecas, que se van escondiendo estatuas deformes por las calles de Madrid, en secreta vergüenza.

NEREIDA (1996)

¿Quién puede pensar que hay otros mundos dentro del televisor? Desde luego, yo no hubiera podido hasta ayer. Era temprano. Había repasado la prensa diaria en busca de alguna oferta de trabajo que me sacara de mi mortal aburrimiento, cuando recordé haber visto una página de empleo en uno de tantos teletextos. Después de pasar revista a ciertas estafas, me vi atraído por una sección: buscado. ¿Buscado qué?, me pregunté; y acto seguido compuse en el mando a distancia el número seiscientos ochenta y uno. Un mensaje aparecía ahora en la pantalla: "No sé lo que busco ni lo que quiero encontrar". Debajo, un nombre y el número de un buzón telefónico. Esta primera comunicación causó en mí, debo confesarlo, cierta fascinación. Decidí seguir asomado a la pantalla. No tardó en aparecer un segundo mensaje: "Hace un mes que todo terminó. Ahora sois mi única llave. Busco nuevos amigos". Me sentía en medio de un naufragio. Imaginé personas diminutas, acercando, en el silencio clamoroso de la palabra escrita, un grupo infinito de islas para formar un último archipiélago. Los corazones se abren siempre detrás de una máscara: ¿por qué es tan sencillo decir tantas cosas cuando uno se esconde? Imaginaba a todas estas personas colgadas del teléfono frente al televisor. Solas y acompañadas quizás por vez primera en mucho tiempo. El siguiente texto me sobrecogió: "Busco algo que aún no he encontrado. La vida me ha llevado a internarme en un mundo de mentiras, drogas y dolor. Ahora, cuando podría decir que ya soy quien siempre tendría que haber sido, cuatro atletas se cruzan en mi camino. Tengo el sida; y necesito encontrar a alguien que me devuelva la ilusión perdida y las ganas de vivir. Nereida". Me imaginé a una muchacha saltando de un barco que se hundía; intentando sumergirse entre aguas de fuego. Escuché, en el silencio de

mi casa, un grito de socorro. De alguna manera, me encontraba ligado irremediabilmente a aquellas páginas que me narraban la génesis de un nuevo y extraño mundo. Me sentí como un torpe buzo al que gentes sin rostro lanzaban miradas de súplica desde el fondo del océano. Un nuevo mensaje llenó la pantalla: "Nereida. Me gustaría poder ayudarte. Si tú quieres claro. LLámame". Tuve conciencia entonces de que aquellas personas vivían realmente en mi televisor. Era probable que para ellos el mundo no fuera más que una lejana pesadilla; un lugar incierto en torno suyo, al que mirarían como nosotros miramos los sueños. Y supe también que su percepción de estas páginas bien pudiera aparecer a sus ojos como lo único real. El quinto mensaje decía lo siguiente: "Mensaje para Nereida: Nereida creo que ya has encontrado lo que buscabas. Me identifico con tu situación y te comprendo perfectamente. Diría que somos almas gemelas. ¡Anímate! Siempre hay por quien vivir y por quien luchar". Me vi a mi mismo mirando. No pude evitar sentir cierta vergüenza. Había irrumpido en un mundo nuevo; y en cierto modo aquel mundo formaba ahora parte de mí. Yo era un recién llegado que no acertaba a entender cuál era su papel en aquel sitio. La pantalla volvió a cambiar: "Nereida, pensarás que soy uno más para darte ánimos. Ojalá te conozca algún día". De pronto sentí un deseo irresistible de escribir. Pensé que quizás yo no estaba viendo aquello por casualidad. Yo era ahora una botella de cristal. Y los vi a todos ellos, metiendo por mis ojos papeles escritos con sus vidas. Sentí entonces el impulso de subir; volver de la pantalla a la tierra para lanzar por los aires sus mensajes. De pronto todo tenía sentido. Yo era la llave. Y era también el sentido de la vida que Nereida buscaba. Y por primera vez pude sentir que mi oficio de escritor era más grande que yo. Era más grande que todos nosotros. Sentí que mi voz era entonces su voz. En aquel momento un último mensaje me estremeció: "Hola,

soy un amigo de Nereida. Ella murió hace tres días, pero antes de cerrar sus preciosos ojos me pidió que me despidiera de todos aquellos que desde estas páginas le habéis mandado un poquito de amistad y apoyo. Mirad al cielo de vez en cuando, la estrella más brillante y más hermosa es Nereida".

Descansa en paz, amiga desconocida; mi voz es ahora tu voz.

(los entrecomillados son textos originales encontrados en el teletexto -Tele5, sección buscado-)

ADIÓS AMOR, HOLA (1999)

Querida niña Amanda:

Varias veces soñé acariciar sus senos, que se aparecían a mis ojos con aquella prestancia; firmes y novedosos bajo el uniforme estudiantil. También ambicioné su piel, morena y radiante bajo el sol del estío. Bien sé que causará espanto a usted el atrevimiento con que escribo estas palabras tan descaradas, pero por más que lo intento, no alcanzo a recordar que rubores venían a decir esto mismo. Alguna vez, mientras paseaba usted entre los limoneros de aquella escuela de señoritas, me permití -no sin cierto sonrojo- espiar el delicioso contorno de sus formas primeras. No le diré que me hubiera causado gran embarazo confesar esto mismo que hoy le cuento con tanta soltura -acaso demasiada-; pues bien sé que usted lo supone. Mi memoria conservará siempre la impronta de aquel día de agosto en que sus ojos se clavaron en los míos, para sacar de mi voluntad cualquier arrojito. Desde entonces he guardado silencio, pues tan sólo concebir la idea de hablar con usted hace que mis piernas tiemblen de terror. Nunca he sabido si fue más grande el dolor o la dicha de aquellos días. Tampoco he conseguido dejar de pensar en su sonrisa, tal y como la vi por vez primera: usted de la mano de su mamá al terminar las clases. Ahora pienso que debía sentirse muy segura caminando de aquel modo, pues de cuando en vez se atrevía a mirar de soslayo a sus muchos pretendientes, para dejar en sus pupilas ansiosas una gota de vivo deseo. ¡Si supiera cómo me mortificaba mirar para usted y hallar a esos otros muchachos bravucones requebrando sus tardes! ¡Era como si espetaran en mi pecho un puñal untado de ortigas! Y sin embargo ninguno de aquellos pudo hurtarme el gozo de tantas

noches que pasé soñando con besarla. ¡Tan exquisitas fueron para mí que no las cambiaría ahora por un beso de veras!

Cierro los ojos y sigo contemplando sus trenzas. Y sus medias de lana blanca hasta las rodillas. Todavía conservo dentro de mí aquel amor tan grande, tan vivo como entonces. Y aunque me duele aún, también llena de dicha alguna de mis noches de hoy. Ya ve querida: amo todavía su elegante figura; y la gracia de sus gestos, tan tímidos y recatados. Sé que no tuvimos nunca ocasión de intimar, pues mi pudor no quiso que gozáramos siquiera de unas horas de sincera conversación. Tanto tiempo dejé pasar idolatrándola que no tuve oportunidad de besar siquiera esos labios que imagino tan dulces. No es que ahora lo pretenda, no. Tan sólo escribo estas líneas, cuando estamos tan próximos a llegar por fin, por que sepa usted que siempre me movieron las más nobles intenciones. Acaso después de este viaje que ahora termina tengamos ocasión de decirnos las cosas que otras veces callamos. Disculpe si la ofendí, o si resultaron mis palabras demasiado atrevidas. Aunque no lo confesé nunca antes, quería que supiera que la he amado siempre.

Su devoto servidor.

Pablo.

Miró varias veces la carta, hasta que estuvo por completo satisfecho. Después se levantó despacio, incorporándose con el auxilio de su bastón de avellano. Caminó en el silencio de aquellos pasillos interminables. El velatorio se había instalado en la parte baja de la residencia, para facilitar el acceso de los más

desvalidos. La miró por última vez. Su rostro aparecía sereno a pesar del maquillaje. Vestía un traje de flores que resultaba grotesco para una muerta.

Nunca confesaron reconocerse, y aunque los dos se sabían en aquellas miradas largas del comedor, ninguno dijo al otro una palabra en los meses que estuvieron juntos en aquel geriátrico.

Fue acercándose lentamente hasta donde ella descansaba. Después se inclinó sobre una mesa, para escribir en el sobre unas lacónicas palabras:

Para la niña que fue usted hace tres cuartos de siglo. No se tome la molestia de contestar: es mejor que sigamos soñando.

Dejó la carta en el féretro y regresó hasta su cuarto. Luego se tumbó en la cama y cerró los ojos. Se sonrió después de notar en su costado aquel dolor tan familiar. Sí; ya no tendría que esperar mucho más.

EL OTRO CINE (1998)

Había visto ya tantas películas, que ninguna lograba conmoverme. Aquella agitación excepcional que era común en mis primeros días como cinéfilo, siendo apenas un muchacho, se disipaba ahora sin remisión, extraviada entre tanta secuencia previsible. Me había convertido en un Juansinemoción. ¿Qué podía hacer? Fue entonces cuando ocurrió: cierto día en que mi pañuelo cayó al suelo de la sala por un descuido. Me agaché y tuvo lugar una revelación. Los diálogos, los sentimientos, prendidos sobre la nívea luminiscencia de la pantalla (¿Sería posible encontrar rascando en la pantalla algún film inédito, como sucede con algunos lienzos cuando son restaurados?); la seducción fascinadora del cine. Miré bajo las filas de butacas y allí estaban. Como enigmáticos pepinos, como puntiagudos críticos, como beneméritos pares se hallaban los pies: asintiendo, sintiendo al compás de la proyección. Se movían de súbito hacia adelante, y yo sabía entonces que alguien aceleraba en una alocada persecución. Retrocedían después, reuniéndose bajo el asiento, y mi invención descubría una heroína, caminando a través de un angosto corredor. Se inclinaban los unos junto a los otros, par contra par, y llegaba hasta mí el arrullo delicado de un beso. Otras veces, muy pocas, quedaban estáticos por un instante. Todos los pies de la sala súbitamente paralizados. Y entonces ocurría. Algún genio había conseguido la escena perfecta, la que arrebató la consciencia al espectador y le transporta expectante fuera de sí. Todo esto descubrí el día que se cayó mi pañuelo. La emoción ha regresado por fin, ahora que tantas escenas me sorprenden nuevamente desde los pies de los otros.

EL TREN (1999)

No he olvidado el día en que, acabado el tiempo de mi niñez, decidí huir y embarcarme en la aventura de crecer en un tren. Desde mi casa, apoyado en la balaustrada de piedra que, silenciosamente, sostiene la ventana de la vieja cocina, los había visto pasar una y otra vez. Primero, dejando tras de sí una extraña estela de humo negro, que descolgaba ante mis ojos figuras extrañas, semejantes a las que veía con los ojos cerrados al término de alguna lectura. Más tarde, en un immaculado aunque sonoro transitar, bajo los tendidos eléctricos que yo mismo había visto avanzar hasta perderse más allá del valle, entre las sinuosas colinas. En todo este tiempo, sin la presencia cercana de otro niño, pues no lo había ni lo hubo nunca en toda la aldea, todas mis aventuras eran fingidas, o peor, tomadas de la cercanía de los adultos con los que convivía: mi tío Andrés (q.e.p.d.) y mi tía Carucha, acaso todavía entre los muros ajados de aquella casa vetusta y desangelada que vi alejarse de mí desde la parte trasera del tren. En estas travesuras, perseguía en ocasiones a mi tío entre los maizales exuberantes y desconcertados, o le enredaba la faena, ora cambiando de sitio sus enseres, ora encabritando al ganado para desconcierto de los canes. Pero pronto pensé que aquello no era vida para mí. En las noches cerradas, al abrigo del inhóspito crepitar de las vigas de madera, solía releer un viejo ejemplar de las aventuras de Tom Sawyer, que sin que yo sepa cómo, alguien había olvidado entre los baúles del desván años atrás. También un viejo devocionario, pleno de avisos y augurios funestos que había pertenecido a mi tía Carucha, arruinando a buen seguro su niñez, entretenía (por acaso) mi velar. Y eso era todo. No había en mi casa ni en otras testimonio alguno del advenimiento de la imprenta, no siendo los libros de Salmos que mosén Patricio dejaba descuidados (por acaso)

en una banqueta, cuando acudía a bendecir las siembras de año en año. Sin embargo, en aquellas páginas fortuitas, descubrí todo cuanto no estaba escrito: detrás de cada palabra adiviné el eco de otras diseminadas por el mundo, enigmáticas y ciertas como la tenue luz de los cirios pascuales que, a falta de tendido eléctrico, usaba en mis veladas. De aquellas páginas amarillentas, acariciadas largamente por mis dedos pequeños y alargados, a contracorriente de mi dura crianza, sólo levantaba la vista cuando, en mitad de la noche, un temblor imperceptible y lejano anunciaba a lo lejos la llegada de un tren. Entonces corría a asomarme a través del estrecho tragaluz que sirviera años ha de ventana al palomar del que sólo quedaban excrementos fosilizados, adheridos a la madera como viejas heridas, harina silenciosa y leve de lo que fue. Al fondo, en el horizonte, una línea de luz agitaba de pronto mi tierno corazón, y asistía expectante al desfile lento o rápido de perfiles lejanos, adivinando tras ellos una historia que conviniera a mi ánimo. Y así, veía o creía ver a veces, tras el vaho traslúcido de los cristales, los Santos y demonios de mi viejo devocionario, y al bueno de Tom riendo a costa de ellos. Entonces, y cuando ya el tren se perdía dejando tras de sí su rastro de luz como los trazos de carbón con que pintaba a menudo las paredes encaladas, para mayor desespero de mis tíos, cerraba los libros con extremo cuidado, soñando que, aquellos personajes anónimos que atravesaban mi vida desde los lejanos raíles, quedaran por efecto de un prodigio a buen recaudo, confundiéndose con las frases tantas veces leídas, para escribir sobre ellas, junto a ellas, todas esas historias que yo sabía en algún otro sitio. Pero todo era en vano, pues a la noche siguiente, y por más que rebuscase yo entre las páginas que mi memoria atesoraba ya mejor que el propio papel, no hallaba asomo de novedad, y ni tan siquiera un punto y aparte estaba en otro sitio que no fuera el de siempre. No obstante, vivía

ilusionado en espera del milagro, a falta de otras aventuras en que enfrascar mi voluntad, asida a lugar tan limitado y solitario como era la casa.

Y hubiera seguido así por mucho tiempo, dejando a mi niñez marchitarse entre los muros grises, de no ser por que mi tío Andrés (q.e.p.d.) tomó en aquel tiempo la costumbre de embriagarse cada noche, a tal punto que acabé confundiéndolo con uno de aquellos demonios aterradores que poblaban el devocionario. Nunca le culpé por aquello. Diría, con la lucidez de los años transcurridos, que fue la desidia de las horas desperdiciadas, la conciencia de una vida carente de sentido la que llevó a mi tío a destruir lo poco que quedaba en su alma. Comenzó propinándome palizas injustificadas, luego de las cuales rompía a llorar desconsoladamente. Entonces mi tía me mandaba encerrarme en mi cuarto, y desde allí escuchaba sus gritos no mucho después, hasta que el silencio, más sonoro que nunca, me hacía ver que mi tío dormía ya, quizás en el frío suelo de piedra de la cocina. Entonces me daba la vuelta con cuidado, pues temía que el más leve roce de mis pies despertara al demonio que habitaba en él. Fueron años terribles, en los que apenas me atrevía a subir al desván, contentándome con dejar que Tom se acercara a mis sueños, en los que me perdía cada vez durante más tiempo.

Hasta el lejano día en que escuché de nuevo el rumor del tren, bajo las sábanas de mi cama, disipando de pronto las oscuras pesadillas. Desconcertado, subí al desván, atisbando en las tiniebla de los campos desiertos, desde el viejo palomar. De pronto apareció. Un diminuto punto de luz bajo la luna menguante. En circunstancias normales habría pasado raudo frente a la casa, pero aquel día se detuvo. Desde las ventanas, las caras tantas veces de perfil, me miraban ahora. Podía percibir en mi piel aquellas pupilas, disipando mi temor como las

caricias que no tuve nunca. Bajé despacio las escaleras, cuidando de no despertar a mis tíos. Dejé dos besos sobre sus mejillas y salí de la casa en medio de la noche. A lo lejos, en silencio, el tren me miraba. Caminé entre las jaras y las encinas solitarias, hasta llegar a la vía en la que tantas veces había contado guijarros. Sobre ellas, miré la casa (por última vez), y no sentí lástima. Entonces extendí mis brazos, y miré de frente al tren (por última vez). Sonó un pitido, cerré los ojos y abracé mi nueva vida.

Cuando he vuelto a pasar frente a mi vieja casa, distraído por los juegos que inventa mi amigo Tom, he creído escuchar en ocasiones ciertos rumores. El viento cuenta que me vieron tumbado bajo el ventanuco del palomar, inerme. Rumorea también que mi tío, enloquecido, murió poco después. Pero el viento es caprichoso. Yo sólo he visto en ocasiones a mi tía Carucha entretenida en sus quehaceres. Cuando pasa el tren, deja por un momento la faena, levanta la vista, y sonrío.

Más obras del autor en:

www.javierubedafernandez.com

Para cualquier comentario, sugerencia o información:

comentarios@javierubedafernandez.com